

EXPERIENCIA CRISTIANA Y SENTIDO DE LA FILIACIÓN DIVINA EN SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

JOSÉ LUIS ILLANES

PATH 7 (2008) 461-475

La experiencia cristiana presupone la fe. Y la fe entendida no sólo como movimiento del espíritu que tiende hacia Aquel que se le revela, o sea, como *fides qua*, sino también como *fides quae*, es decir, como verdad creída. De ahí que esa experiencia implique siempre reafirmar la propia y personal referencia a Dios y, a la vez, un profundizar en el contenido de lo que se cree. La experiencia cristiana formará, de ordinario, una sola cosa con el desarrollo de la vida cotidiana, en la que el cristiano, animado por la fe, la esperanza y la caridad, experimenta, de forma sencilla, pero profundamente real, la luz, el impulso y el amor que vienen de la vida que Dios, en la palabra y en el sacramento, le ha comunicado. Pero puede también tener lugar en momentos especiales, en los que Dios lleva al cristiano de forma súbita o al menos inesperada hasta una percepción nueva y particularmente sentida de la verdad que cree; más concretamente, de la realidad divina que esa verdad desvela. Momentos especiales que, una vez producidos, dejan una honda huella en el alma, redundando en el conjunto de la vida. En primer lugar y ante todo en la vida concreta, existencial; pero también en la vida de la inteligencia, provocando una comprensión cada vez más profunda de la verdad cristiana, no sólo en los aspectos directamente relacionados con la experiencia acontecida, sino también en cuanto con ellos se relaciona.

Un ejemplo claro de cuanto acabamos de decir se encuentra en el fundador del *Opus Dei*, san Josemaría Escrivá de Balaguer, en relación con el sentido de la filiación divina, es decir, con la conciencia viva del amor pater-

nal de Dios hacia el cristiano, y con la consecuente actitud filial del cristiano hacia su Padre Dios.

1. Profundización experiencial en la filiación divina

La experiencia espiritual que condujo a san Josemaría a una conciencia singularmente viva de la filiación divina y sus implicaciones tuvo lugar en Madrid, en 1931. Tres años antes, el 2 de octubre de 1928, se había producido la luz que le hizo comprender que Dios le pedía que diera vida a una amplia realidad de vida cristiana en medio del mundo, en y a través de las más diversas ocupaciones seculares. Dedicó enseguida a esa tarea sus mejores esfuerzos, aunque manteniendo a la vez las ocupaciones sacerdotales que tenía encomendadas (en particular, la atención a enfermos y moribundos en los arrabales pobres de la urbe madrileña). Su situación económica era precaria, ya que su familia carecía de bienes de fortuna, y la muerte del padre, acaecida pocos años antes, hacía que su madre y sus dos hermanos estuvieran por entero a su cargo. El ambiente en el Madrid, y en la España, de ese tiempo, era tenso, marcado por profundas divisiones políticas y por una agresiva actitud anticlerical que llegó hasta el extremo de asaltar y quemar iglesias y conventos¹.

Precisamente durante esos años san Josemaría recibió especiales luces espirituales, algunas de ellas referidas específicamente a la filiación divina. Según el testimonio que él mismo consignó en las notas íntimas que tomó durante ese periodo, los momentos en los que esto último aconteció fueron concretamente dos, situados en los meses de septiembre y octubre de 1931:

«Estuve considerando las bondades de Dios conmigo y, lleno de gozo interior, hubiera gritado por la calle, para que todo el mundo se enterara de mi agradecimiento filial: ¡Padre, Padre! Y – si no gritando – por lo bajo, anduve llamándole así (¡Padre!) muchas veces, seguro de agradarle»²;

¹ Sobre la vida de san Josemaría en estos años, pueden verse las diversas biografías ya publicadas. Remitamos a la más extensa y documentada: la de A. VÁZQUES DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I: *¡Señor, que vea! (1902-1939)*, Rialp, Madrid 1997.

² Anotación en sus *Apuntes íntimos*, 22-IX-1931 (n. 296). Este texto, como el que sigue y otros de ese mismo periodo que citaremos después, se encuentran, contextualizados históricamente, en la biografía recién citada, pp. 387-392.

«Día de Santa Eduvigis 1931: Quise hacer oración, después de la Misa, en la quietud de mi iglesia. No lo conseguí. En Atocha, compré un periódico (el A.B.C.) y tomé el tranvía. A estas horas, al escribir esto, no he podido leer más que un párrafo del diario. Sentí afluir la oración de afectos, copiosa y ardiente. Así estuve en el tranvía y hasta mi casa. Esto que hago, esta nota, realmente, es una continuación, sólo interrumpida para cambiar dos palabras con los míos – que no saben hablar más que de la cuestión religiosa – y para besar muchas veces a mi Virgen de los Besos y a nuestro Niño»³.

El joven sacerdote que era entonces san Josemaría Escrivá conocía bien, desde su infancia, la realidad de Dios Padre, y había tenido ocasión a lo largo de sus estudios de teología y de sus muchas horas de oración de meditar sobre la doctrina y la verdad de la filiación divina del cristiano. Su vida espiritual había crecido y se había desarrollado en el contexto de una tierna y filial devoción a María Santísima, en y a través de la cual se le manifestaba el amor también lleno de ternura de Dios Padre. Es obvio a la vez que lo acontecido en septiembre y octubre de 1931 no es el mero resultado de una reflexión intelectual sobre la condición del cristiano como hijo de Dios, ni tampoco una simple ampliación de la ternura que implicaba su devoción mariana, sino una vivencia singular y particularmente viva, fruto de la acción de la gracia, de la realidad de la paternidad de Dios y, en consecuencia, de nuestra filiación divina.

San Josemaría era consciente de ello, y lo testimonió en las diversas ocasiones en las que hizo referencia a esos acontecimientos, no muy numerosas, porque era muy discreto respecto a sus experiencias espirituales, pero las suficientes para ayudarnos a completar la narración contenida en los *Apuntes íntimos*.

«Sentí – escribe en una de sus *Cartas* – la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente

³ *Apuntes íntimos*, 16-X-1931 (n. 334). La Virgen de los Besos era una imagen de Nuestra Señora que tenía en su habitación y que solía besar al entrar o salir del cuarto. La expresión “nuestro Niño”, obviamente el Niño Jesús, alude probablemente a una imagen de Jesús Niño que el día antes, el 15 de octubre, le habían mostrando las monjas agustinas del Convento de Santa Isabel, a las que atendía; se trata de una imagen que representa a Jesús niño con los brazos cruzados sobre el pecho, y que, al manifestar de forma plástica la realidad de un Dios que se hace pequeño y aspira a recibir cariño y consuelo, le conmovió profundamente.

necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!* Estaba yo en la calle, en un tranvía [...]. Probablemente hice aquella oración en voz alta. Y anduve por las calles de Madrid, quizá una hora, quizá dos, no lo puedo decir, el tiempo se pasó sin sentirlo. Me debieron tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran mías esa asombrosa verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca»⁴.

2. Ecos del sentido de la filiación divina en *Camino*

El fruto de la experiencia de 1931 es, como los textos indican con claridad, una honda percepción a la vez intelectual y existencial en la realidad de la filiación divina y sus implicaciones. Es decir, una profundización en la verdad de la paternidad divina, de donde dimana una honda conciencia existencial acerca de la condición filial del cristiano, que redunda a su vez en una actitud ante la vida inspirada en la fe y la confianza en el amor paterno de Dios, y en un impulso a la acción que lleva a desear cumplir siempre y en todo la voluntad divina. En suma, una comprensión no sólo intelectual sino viva de la condición de hijo de Dios que trae consigo, según la expresión que san Josemaría empleó constantemente, un “sentido de la filiación divina”, es decir, un saberse en presencia de Dios, acogido y acompañado por su providencia, e invitado a expresar, en lo pequeño y en lo grande, en lo ordinario y en lo extraordinario, el amor que reclama un Dios que es «Padre y muy Padre nuestro»⁵.

Poner de manifiesto las consecuencias o manifestaciones que, según la enseñanza de san Josemaría Escrivá de Balaguer, el sentido de la filiación divina está llamado a tener en la vida del cristiano obligaría a recorrer toda

⁴ *Carta 9-I-1969*, n. 60. No es un texto único. Completamos la cita con otros dos, provenientes de algunas de sus meditaciones. «Os podría decir – comentaba en una meditación predicada en una fiesta de Navidad – hasta cuándo, hasta el momento, hasta dónde fue aquella primera oración de hijo de Dios. Aprendí a llamar Padre, en el Padrenuestro, desde niño; pero sentir, ver, admirar ese querer de Dios de que seamos hijos suyos [...], en la calle y en un tranvía – una hora, hora y media, no lo sé –; *Abba, Pater!*, tenía que gritar» (Meditación predicada el 24-XII-1969). Dos años después, en otra meditación, su recuerdo se expresaba de nuevo casi con las mismas palabras, añadiendo un detalle secundario – se refiere al tiempo atmosférico –, pero significativo de la hondura con que el recuerdo estaba grabado en su corazón: «Viene a mi memoria esa maravilla de la filiación divina. Fue un día de mucho sol, en medio de la calle, en un tranvía: *Abba, Pater!, Abba, Pater!*» (Meditación predicada el 2-X-1971).

⁵ Cf. *Camino*, n. 267.

su obra, y toda su vida, ya que estamos ante una realidad sobre la que volvió constantemente. Se trata, pues, de algo que excede por entero lo que aquí nos proponemos⁶. De acuerdo con la perspectiva más bien teológico-histórica que es la nuestra, podemos limitarnos ahora a analizar, por lo demás sólo en líneas muy generales, la presencia del sentido de la filiación divina en el texto de *Camino*, obra muy cercana en el tiempo a la experiencia de 1931, que constituye el fundamento de nuestras consideraciones⁷.

Cuando se lee *Camino* desde esta perspectiva un primer dato llama enseguida la atención: la frecuencia con que se hace referencia a la paternidad de Dios -reforzada, en ocasiones, mediante el recurso a la expresión “tu Padre-Dios” o “nuestro Padre-Dios”, uniendo con un guión ambos sustantivos hasta hacer de ellos uno solo⁸ – o a su correlato, es decir, a la filiación divina del cristiano. Y, junto a ese primer dato, un segundo, también muy significativo: la variedad de situaciones y actitudes espirituales en relación con las cuales son mencionadas la paternidad de Dios o la condición filial del cristiano. Ofrezcamos una selección, limitándonos a los puntos en los que aparecen formalmente las expresiones Padre o hijo, no sin advertir que, si tuviéramos en cuenta los puntos en cuya redacción afloran sentimientos filiales, deberíamos reproducir gran parte de la obra:

– filiación divina y profundización en la grandeza de la vocación cristiana:

«Padre – me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central – , pensaba en lo que usted me dijo ... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por

⁶ Entre los estudios de conjunto sobre la filiación divina en san Josemaría, merecen especial mención: F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, 175-221; J. BURGGRAF, *Il senso della filiazione divina*, en AA.VV., *Santità e mondo. Atti del Congresso teologico di studi sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá*, Libreria Editrice Vaticana, 85-100; J. STÖHR, *La vida del cristiano según el espíritu de filiación divina*, en “Scripta Theologica” 24 (1992), 879-893; J. SESÉ, *La conciencia de la filiación divina, fuente de vida espiritual*, en “Scripta Theologica” 31 (1999), 471-493.

⁷ *Camino* fue publicado por primera vez en 1939, pero una gran parte de los puntos que lo integran provienen de los primeros años treinta. Sobre la historia redaccional de esta obra, ver J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez*, 3ª ed., Rialp, Madrid 2004, 17-122.

⁸ Encontramos ese recurso expresivo en los siguientes números: 265, 435, 659, 692, 722, 739, 746, 870 y 884.

dentro ... ¡hijo de Dios!” Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia”» (n. 274; ver también nn. 892 y 919).

– filiación divina y conciencia de la cercanía amorosa de Dios:

«Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. – Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso – a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos –, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo ... y perdonando Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos» (n. 267; ver también nn. 93, 246, 880, 884 y 896).

– filiación divina y diálogo constante con Dios:

«Nuestra voluntad, con la gracia, es omnipotente delante de Dios. Así, a la vista de tantas ofensas para el Señor, si decimos a Jesús con voluntad eficaz, al ir en el tranvía por ejemplo: “Dios mío, querría hacer tantos actos de amor y de desagravio como vueltas da cada rueda de este coche”, en aquel mismo instante delante de Jesús realmente le hemos amado y desagraviado según era nuestro deseo. Esta “bobería” no se sale de la infancia espiritual: es el diálogo eterno entre el niño inocente y el padre chiflado por su hijo: – ¿Cuánto me quieres? ¡Dilo! – Y el pequeñín silabea: ¡Mu-chos millones!» (n. 897; ver también n. 115, así como varios de los números que citamos a continuación y el 267, recién reproducido).

– filiación divina, y perseverancia sencilla y confiada en los momentos de oración:

«Te distraes en la oración. Procura evitar las distracciones, pero no te preocupes, si, a pesar de todo, sigues distraído. ¿No ves cómo, en la vida natural, hasta los niños más discretos se entretienen y divierten con lo que les rodea, sin atender muchas veces los razonamientos de su padre? Esto no implica falta de amor, ni de respeto: es la miseria y pequeñez propias del hijo. Pues, mira: tú eres un niño delante de Dios» (n. 890).

– filiación divina, fuente de una alegría que se fundamenta en Dios, también en los momentos de prueba:

«La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios» (n. 659). «La prueba esta vez es larga. – Quizá -y sin quizá – no la llevaste bien hasta aquí [...] porque aún buscabas consuelos humanos. Y tu Padre-Dios los arrancó de cuajo para que no tengas más asidero que El» (n. 722).

– filiación divina y confianza plena en Dios:

«Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. No lo olvides» (n. 860). «¡Qué buena cosa es ser niño! Cuando un hombre solicita un favor, es menester que a la solicitud acompañe la hoja de sus méritos. Cuando el que pide es un chiquitín – como los niños no tienen méritos – , basta con que diga: soy hijo de Fulano. ¡Ah, Señor! – díselo ¡con toda tu alma! –, yo soy ... ¡hijo de Dios!» (n. 892; ver también nn. 864, 867 y 870).

– filiación divina, sencillez y generosidad en la entrega:

«No te apures, si te enfadas, cuando haces esas pequeñas cosas que El te pide. Ya llegarás a sonreír ... ¿No ves con qué mala gana da el niño sencillo a su padre, que le prueba, la golosina que tenía en sus manos? Pero, se la da: ha vencido el amor» (n. 881). «Sufres en esta vida de aquí ..., que es un sueño ... corto. Alégrate: porque te quiere mucho tu Padre-Dios, y, si no pones obstáculos, tras este sueño malo, te dará un buen despertar» (n. 692; ver también n. 669).

– filiación divina e invitación a comportarse como hijo de Dios:

«Los hijos ... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres! Y los hijos de Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza! Y tú ... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios?» (n. 265)

– filiación divina, fundamento de la fraternidad:

«Distraerte. ¡Necesitas distraerte! ..., abriendo mucho tus ojos para que entren bien las imágenes de las cosas, o cerrándolos casi, por exigencias

de tu miopía ...; Ciérralos del todo!: ten vida interior, y verás, con color y relieve insospechados, las maravillas de un mundo mejor, de un mundo nuevo: y tratarás a Dios ..., y conocerás tu miseria ..., y te endiosarás ... con un endiosamiento que, al acercarte a tu Padre, te hará más hermano de tus hermanos los hombres» (n. 283; ver también n. 440).

- filiación divina y confianza en la misericordia y el perdón de Dios:

«Estás lleno de miserias. Cada día las ves más claras. Pero no te asusten. El sabe bien que no puedes dar más fruto. Tus caídas involuntarias, caídas de niño, hacen que tu Padre-Dios tenga más cuidado y que tu Madre María no te suelte de su mano amorosa: aprovéchate, y, al cogerte el Señor a diario del suelo, abrázale con todas tus fuerzas y pon tu cabeza miserable sobre su pecho abierto, para que acaben de enloquecerte los latidos de su Corazón amabilísimo» (n. 884; ver también n. 887).

- filiación divina, realidad que excluye todo temor:

«No tengas miedo a la muerte. Acéptala, desde ahora, generosamente ..., cuando Dios quiera ..., como Dios quiera ..., donde Dios quiera. No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga ..., enviada por tu Padre-Dios. ¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!» (n. 739; ver también n. 746, así como nn. 326 y 435, en los que subraya que ante Dios no cabe temor en sentido propio, sino sólo “temor filial”, es decir, el deseo de no ofenderle jamás).

Como puede advertirse varios de los textos en los que san Josemaría Escrivá de Balaguer habla de la filiación divina están situados en un contexto de vida de infancia⁹. No es extraño ya que en los primeros años treinta, y paralelamente a la experiencia que le condujo a la honda percepción de la realidad de la filiación divina y a la vivencia de su sentido, se dio en el Fundador del *Opus Dei* lo que uno de los estudiosos de su pensamiento, Pedro Rodríguez, ha calificado de «eclosión de la infancia espiritual»¹⁰. Los

⁹ Particularmente los situados entre el n. 852 y el n. 901, que son, respectivamente, el primero y el último de los incluidos en los dos capítulos que *Camino* dedica a la infancia espiritual.

¹⁰ La frase se encuentra en la introducción al primero de los dos capítulos de *Camino* dedicados a la infancia espiritual: J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino. Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez*, op. cit., 944. Sobre la infancia espiritual en la vida y

antecedentes que esa “eclosión” tuvo en la vida de san Josemaría son, por lo demás, varios: un progresivo abandonarse en manos de Dios ante el desarrollo, adverso en más de un momento, de las circunstancias que le rodeaban; la devoción a Jesús Niño, que se intensificó cuando las monjas agustinas del monasterio de Santa Isabel, a las que atendía, le mostraron la imagen a la que ya hemos aludido¹¹; el encuentro con la obra de santa Teresa de Lisieux, que le influyó a este respecto, si bien una comparación de sus respectivas obras muestra que hay entre ambos santos, y en relación precisamente con este punto, diferencias claras¹².

En todo caso, sentido de la filiación divina y vida de infancia, aunque puedan tener, y tengan, muchas relaciones entre sí, no se identifican, ni en general ni en la enseñanza de san Josemaría. El sentido de la filiación divina es el fruto de la vivencia existencial y concreta de una verdad central en la fe cristiana: la realidad de que, en virtud de la gracia, somos hijos de Dios. La vida de infancia es un camino concreto, que puede ser propuesto a muchos, e incluso universalmente, pero sabiendo que se trata de una vía a la que no todos están llamados. San Josemaría fue muy consciente de ello, como lo evidencia, manteniéndonos en el periodo que ahora estamos analizando, la consideración de *Camino*. En *Camino*, en efecto, de la filiación divina se habla – como ponen de manifiesto los textos ya citados – a lo largo de todo el libro, presentándola siempre como una realidad cristiana universal, en la que todo cristiano está llamado a profundizar a fin de vivir con sentido filial la propia existencia. A la vida de infancia se le dedica, en cambio, un lugar específico, dos capítulos, el primero de los cuales se inicia con un punto que tiene el tono que corresponde a la propuesta de una vía que el Autor

la enseñanza de san Josemaría ver, desde una perspectiva teológica, el comentario de P. RODRÍGUEZ a los capítulos a los que acabamos de aludir, y, desde una perspectiva histórica, A. VÁZQUEZ DE PRADA, *Ob.*, op. cit., 404 ss.

¹¹ Cf. nota 3. Sobre la devoción de san Josemaría a Jesús Niño, además de las obras mencionadas en la nota anterior, M. DOLZ, *Il Dio bambino: la devozione a Gesù Bambino dai vangeli dell'infanzia a Edith Stein*, Mondadori, Milán 2001, 175-178.

¹² Algunas observaciones al respecto en las obras ya citadas en la nota 10, así como en lo que nosotros mismos hemos escrito en J.L. ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 2003, 113-132 (donde se recoge la comunicación presentada en el Congreso Internacional *La grandezza della vita quotidiana*, organizado en 2002 por la Pontificia Università della Santa Croce con motivo del centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá, y publicada luego en sus actas).

aprecia y propone, pero que no presenta como universal sino sólo como posible: «Procura conocer la “vía de infancia espiritual”, sin “forzarte” a seguir ese camino. Deja obrar al Espíritu Santo»¹³. Puede, en suma, decirse que, a sus ojos, la vida de infancia es una eventual prolongación, bajo la guía del Espíritu Santo, del sentido de la filiación divina, pero no la única de sus manifestaciones.

3. Radicación cristológica del sentido de la filiación divina

Desde una perspectiva tanto dogmática como espiritual la filiación divina del cristiano se fundamenta en la filiación eterna del Hijo. Somos “hijos en el Hijo”, según expresión ampliamente reiterada¹⁴, y esta realidad influye en toda la vida espiritual. También en el sentido de la filiación divina tal y como san Josemaría Escrivá de Balaguer lo enseña. El Fundador del *Opus Dei* no sólo proclamó en efecto, y por cierto con nitidez, la radicación cristológica del sentido de la filiación divina, sino que lo hizo desde un primer momento y con una particular referencia a la hondura con que la unión entre Cristo y el Padre se manifestó en la Cruz.

Una semana antes de la primera de las experiencias espirituales de 1931 de las que depende toda nuestra exposición, san Josemaría había anotado en sus *Apuntes íntimos*:

«Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz: 1931. ¡Cómo me hizo gozar la epístola de este día! En ella el Espíritu Santo, por S. Pablo, nos enseña el secreto de la inmortalidad y de la gloria [...]. Este es el camino seguro: por la humillación, hasta la Cruz: desde la Cruz, con Cristo, a la Gloria Inmortal del Padre»¹⁵.

No hay en ese texto una invocación a Dios como Padre, aunque la presentación de la vida cristiana como un itinerario que, con Cristo y desde la Cruz, llega a la “Gloria Inmortal del Padre”, apunta claramente en esa dirección. En todo caso nos sitúa ante un horizonte espiritual que, en la vida

¹³ *Camino*, n. 852.

¹⁴ Ver al respecto lo que hemos escrito en J.L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona 2007, 203-214. Sobre la historia de la expresión, ver E. MERSCH, *Filiū in Filio*, en “Nouvelle Revue Théologique” 65 (1938), 551-582, 681-702, 809-830.

¹⁵ Anotación en sus *Apuntes íntimos*, 14-IX-1931 (n. 284).

concreta de san Josemaría, estuvo muy unido a la vivencia de la filiación divina tal y como quedó marcada en su alma como fruto las mociones que experimentó pocos días después de la anotación recién citada.

Por lo demás en más de una ocasión, al evocar lo que fue su oración en las dos fechas de septiembre y octubre de 1931 ya reseñadas, lo hizo acen- tuando precisamente la dimensión cristológica de lo entonces acontecido. Entre otros textos citemos unas palabras provenientes de una meditación que predicó en 1963, en la que comentó ampliamente las palabras de san Pedro en la primera de su epístolas: «Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas» (1 P 2, 21-22)¹⁶.

En general la predicación de san Josemaría tenía un tono marcadamente personal, de modo que las consideraciones parenéticas se unían a palabras que eran fruto más bien de una oración hecha en voz alta. En la meditación que ahora citamos ese rasgo es, sin embargo, particularmente intenso. Parti- tiendo del texto petrino mencionado, san Josemaría, después de subrayar la conexión entre seguimiento de Cristo y Cruz, da entrada a la consideración de la alegría que deriva de saber que la Cruz de la que habla el cristiano es la Cruz de Cristo, y con Cristo «hay siempre alegría, aun ante la injusticia, ante la incomprensión, ante el dolor físico». En ese contexto se sitúa el recuerdo de la experiencia de 1931. Y ello en dos fases.

Primero, evoca esa experiencia:

«Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: *tú eres mi hijo* (Sal 2, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: *Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba!;*».

Inmediatamente después da un paso adelante, no evocando, sino rele- yendo y comentando los sucesos de treinta años atrás:

¹⁶ La meditación fue predicada el 28 de abril de 1963, día en el que, en ese año, se celebraba el segundo domingo después de Pascua, en cuya Misa se leía precisamente este pasaje de la carta de san Pedro. De esa meditación se conservan los apuntes que fueron tomados en aquel momento. La meditación y los textos que mencionamos están también citados y comentados en F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, op. cit., 23-24 y 32 ss.

«Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón – lo veo con más claridad que nunca – es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios».

Cabe ver en este pasaje de la meditación de 1963 el eco de una nueva experiencia espiritual, subordinada a la de 1931, o, más sencillamente, el fruto de un constante meditar, bajo la acción de la gracia, sobre ese momento trascendental en su vida que fueron las experiencias de 1931. En todo caso el texto – el pasaje recién citado y el conjunto de la meditación – testimonia la madurez tanto espiritual como teológica alcanzada por san Josemaría, que le permite poner de manifiesto el núcleo profundo de donde dimana el sentido de la filiación y, más concretamente, su desarrollo.

En la Cruz se realizó nuestra redención, manifestando la riqueza infinita de ese amor trinitario, en el que la humanidad por don y benevolencia divinas está llamada a participar. El Padre, con el mismo amor infinito con que ama al Hijo, ama también a los hombres; y ese amor a los hombres le lleva a enviar al Hijo al mundo para que, muriendo en acto de amor y obediencia, venza en nombre de la humanidad al pecado y alcance nuestra liberación. El Hijo, amando infinitamente al Padre y, en el Padre, a la humanidad caída en el pecado, asume sobre sí el pecado humano entregándose voluntariamente a la muerte para nuestra salvación. Y de ese amor mutuo del Padre y del Hijo – un amor que, siendo constitutivo de la Trinidad, se manifiesta en el tiempo – brota la donación del Espíritu Santo, que difunde a lo largo de la historia la gracia y el amor divinos, de modo que los hombres se unan a Cristo y, en Cristo y por Cristo, sean conducidos hasta la intimidad con Dios Padre.

Ser hijo de Dios es ser incorporado a ese misterio de amor que se desvela en la Cruz. Es saberse objeto del amor infinito que Dios Padre da a conocer en Cristo. Pero también e inseparablemente saberse llamado a identificarse con Cristo, y a participar de su misión redentora, es decir, en una misión que tiene forma de Cruz, e implica por tanto abrirse a un amor que al mismo tiempo que se ofrece exige entrega, y entrega plena. No es por eso sorprendente que en la homilía de 1963 que estamos comentando la exposición, que había partido del texto de san Pedro antes citado, se prolongue acudiendo a san Pablo y concretamente a *Gálatas 2, 20: vivo autem, iam non*

ego, vivit vero in me Christus, yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.

San Pablo – comenta san Josemaría – «se sentía *alter Christus, ipse Christus*. ¡Sí, Pablo, gran Pablo! ¡Gracias por esta doctrina que nos has dejado, porque el Espíritu Santo te la inspiró! ¡Tú eres Cristo! ¡Pablo, alégrate de que te queramos los cristianos, de que te agradezcamos este tesoro de doctrina!».

El cristiano debe agradecer al apóstol que nos haya transmitido la llamada a formar una sola cosa con Cristo, y con Cristo en la Cruz. Es decir, con Cristo que ama hasta la muerte y que invita a hacer propio ese amor al Padre y, en el Padre, a los hombres que le ha llevado a la Cruz. Es ahí, en la Cruz, donde al cristiano le es dado percibir, y percibir de forma personal y sentida, la hondura de un amor divino que puede, y debe, llenar de sentido filial a la existencia entera.

«¡La Cruz – prosigue la homilía –: allí está Cristo, y tú has de perderte en Él! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado ... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: *Abba, Pater!*, ¡qué alegría encontrarte, Señor!»¹⁷.

Creer en la conciencia de la filiación divina no es asunto meramente especulativo sino existencial. Presupone, ciertamente, meditar en el Evangelio, considerar las parábolas en las que Cristo pone de manifiesto la providencia paternal de Dios respecto a los hombres o los momentos en los que invita a dirigirse a Dios Padre con la confianza e intimidad con que Él mismo lo hace. Pero presupone también identificarse con el amor llevado hasta la entrega que en la Cruz se puso de manifiesto. Es decir, hacerse una sola cosa

¹⁷ Sobre la predicación de san Josemaría sobre la identificación con Cristo y, más concretamente, sobre las expresiones *alter Christus, ipse Christus* que hemos encontrado en la meditación citada, y que el Fundador del *Opus Dei* empleó con frecuencia, pueden verse J.L. ILLANES, *El cristiano "alter Christus-ipse Christus"*. *Sacerdocio comun y sacerdocio ministerial en la enseñanza del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en AA. VV., *Biblia, exégesis y cultura*, Pamplona 1993, 605-622; A. ARANDA, *Alter Christus - Ipse Christus*, en AA.VV., *Santità e mondo*, op. cit., 101-149 (recogido y ampliado en "El bullir de la sangre de Cristo". *Estudio sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000, 203-254),

con Cristo en la apertura plena y decidida a la voluntad del Padre, también cuando esa voluntad sitúa ante el olvido de sí y ante una entrega llevada hasta la muerte. Es entonces, precisamente entonces, cuando el sentido de la filiación divina, la conciencia de lo que implica la filiación divina y la participación en el amor trinitario, llegan a su cúspide y proyectan su luz sobre la totalidad de la existencia.

4. Implicaciones de la filiación divina

Cuando se habla de las relaciones entre santidad o experiencia espiritual y teología el pensamiento puede ir hacia la huella que la vivencia de un gran santo ha dejado a lo largo de la historia, marcando e inspirando el pensamiento de filósofos y teólogos. Al hablar así se hace referencia a una realidad innegable, pero sin olvidar que el paso desde la experiencia espiritual y su testificación a la reflexión sobre esa experiencia se da ya en el santo mismo, que con frecuencia vuelve sobre sus experiencias originarias a fin de glosarlas, ponerlas en relación con unos u otros puntos del mensaje cristiano, evidenciar sus consecuencias, etc.

Así ocurre también en san Josemaría, como ponen de manifiesto los textos de *Camino* antes citados. Y como confirma el resto de sus escritos. Quisiéramos por eso concluir la exposición con dos textos, provenientes ambos de homilías contenidas en *Es Cristo que pasa*, especialmente sintéticos y significativos.

El primero forma parte de una meditación correspondiente al primer domingo de Cuaresma, en la que reparte de la invitación a un trato con Dios sincero y confiado, y ello en todo momento:

«estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios».

Partiendo de ese presupuesto san Josemaría ofrece una visión panorámica de la plenitud de sentido que brota de la conciencia de la filiación divina:

«La filiación divina -escribe- es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a

tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo»¹⁸.

El segundo, que forma parte de una homilía en la fiesta de Cristo Rey, prolonga el anterior, presentando la filiación divina como elemento configurador del designio divino de salvación y, en consecuencia, de la misión del cristiano.

«Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que – por obra del Espíritu Santo – tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (*Gal* 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cf. *Rm* 6, 4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cf. *Ef* 1, 9-19), que los ha reconciliado con Dios (cf. *Col* 1, 20). A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacífico del amor»¹⁹.

¹⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 65.

¹⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 183.